

¿Tiene futuro la democracia?

ARTHUR SCHLESINGER, JR.

A través de un cristal oscuro

El siglo xx ha sido sin duda, como dijo Isaiah Berlin, "el más terrible en la historia occidental". Pero este siglo terrible tiene un final feliz, o parece tenerlo. Como en los melodramas de antaño, la doncella democracia, atada a los rieles de la vía del tren por unos villanos, es rescatada en el último momento de la embestida del ferrocarril. A medida que se acerca el fin de siglo, los dos villanos principales han perecido, el fascismo con un estallido, el comunismo con un gemido.

Siguió una época de triunfalismo. Hace dos siglos, en su Idea para una historia universal, Kant esgrimió que la forma republicana de gobierno estaba destinada a reemplazar a todas las demás. Por fin la profecía parecía que iba a cumplirse. Los doctos aclamaron "el fin de la historia". "Por primera vez en toda la historia —expresó el presidente Clinton en su segundo discurso inaugural— hay más personas en este planeta que viven en la democracia que en la dictadura". The New York Times, después de una cuidadosa verificación, lo ratificó: 3.1 mil millones de personas viven en democracias, 2.66 miles de millones no. Según la doctrina del fin de la historia tal como la expuso su profeta, la minoría puede tener la esperanza de que en el futuro se realice "la universalización de la democracia liberal occidental como la forma definitiva de gobierno humano".

A los historiadores esta euforia les desencadenó un recuerdo. ¿No fue esta misma esperanza radiante la que acompañó la transición del siglo xix al xx? Estos cien años tan terribles de la historia occidental tuvieron inicio en un clima de optimismo y altas expectativas. En 1900, la gente de buena voluntad creía en el carácter inevitable de la democracia, en la invencibilidad del progreso, en el decoro de la naturaleza humana y en el reino por venir de la razón y la paz. David Starr Jordan, rector de la Universidad de Stanford, expresó este estado de ánimo en su libro *The Call of the Twentieth Century* publicado al cambio del siglo. Jordan predijo que: "El hombre del siglo xx será un hombre lleno de esperanzas. Amará el mundo y el mundo le amará."

Mirando hacia atrás, recordamos un siglo marcado mucho menos por el amor que por el odio, la irracionalidad y la atrocidad, un siglo que durante una larga y oscura travesía inspiró los más graves presagios sobre la sobrevivencia misma del género humano. La democracia, que entró confiadamente de una zancada en los años 1900, se puso casi de inmediato a la defensiva. La gran guerra desenmascaró la pretensión de que la democracia garantizaría la paz, hizo añicos las viejas estructuras de seguridad y orden y desencadenó airadas energías de revolución, no sólo para la democracia sino en su contra. El bolcheviquismo en Rusia, el fascismo en Italia, el nazismo en Alemania, el militarismo en Japón, desdeñaron, denunciaron y, allí donde pudieron, destruyeron los derechos individuales y los procesos de autogobierno.

Una década después, la gran depresión desenmascaró la pretensión de que la democracia iba a garantizar la prosperidad. Transcurrido el primer tercio de siglo, la democracia estaba indefensa, apocada, paralizada, condenada. El desprecio por la democracia se difundió entre las élites y las masas por igual: desprecio por la agitación parlamentaria, por los "talleres de discusión", por las libertades de expresión y de oposición, por la cortesía y cobardía burguesas, por el salir del paso pragmático.

Otra década más y la segunda guerra mundial amenazaba con propinar el golpe de gracia. La sociedad liberal, con la espalda en la pared, luchó por salvar la vida. En Occidente había mucho derrotismo. El título del best seller de Anne Morrow Lindbergh de 1940 proclamaba el totalitarismo como *The Wave of the Future*. La autora decía que se trataba de una "nueva concepción de la humanidad, que tal vez fuera buena en definitiva, que trataba de nacer". El hitlerismo y el estalinismo eran simplemente "escoria sobre la ola del futuro (...). La ola del futuro se acerca y no hay manera de combatirla". En 1941, quedaban en el planeta sólo unas cuantas democracias.

Las fallas políticas, económicas y morales de la democracia habían entregado la iniciativa al totalitarismo. Podría volver a pasar algo parecido. Si la democracia liberal fracasa en el siglo xxi, como fracasó en el xx, en la construcción de un mundo benigno, próspero y pacífico, incitará el auge de doctrinas alternativas idóneas, como el fascismo y el comunismo, para huir de la libertad y rendirse a la autoridad.

A fin de cuentas, la democracia en su versión moderna —gobierno representativo, competencia de partidos, voto secreto, todo ello basado en las garantías a los derechos y libertades personales— tiene a lo sumo 200 años. Tal vez sea una mayoría de los habitantes del mundo la que viva en la democracia en 1997, pero la hegemonía democrática es un simple destello en el largo panorama de la historia escrita. Uno se pregunta hasta dónde han calado las raíces de la democracia en países anteriormente no democráticos en los años a partir del derrumbe de los desafíos totalitarios. Ahora la aventura democrática tiene que hacer frente a tremendas energías contenidas que amenazan sacarla de su derrotero y mandarla a pique.

La ley de la aceleración

Mucha de esta energía está contenida dentro de la propia democracia. En los Estados Unidos, la fuente más fatídica es la racial. "El problema del siglo xx —observó W.E.B. Du Bois en 1900— es el de la línea divisoria del color". Su predicción llegará a florecer plenamente en el siglo xxi. Las minorías aspirarán a ser miembros de pleno derecho en la sociedad norteamericana en términos más amplios. Protestan porque se les cierran las puertas en las narices. A la revuelta contra el racismo le ha tomado tiempo reunir fuerzas. La América blanca despierta con retraso a las crueldades que se practican desde hace tanto tiempo contra las personas no blancas y la revuelta se intensifica. Como lo explicó Tocqueville hace mucho tiempo: "Soportado con paciencia mientras parece que no tiene remedio, un agravio empieza a parecer intolerable cuando la posibilidad de eliminarlo cruza por la mente. Porque el simple hecho de que ciertos abusos han tenido remedio llama

la atención sobre otros, que entonces parecen más irritantes; la gente tal vez sufra menos, pero su sensibilidad está exacerbada."

Hay otras energías contenidas. La propia democracia moderna es el retoño político de la tecnología y el capitalismo, las dos fuerzas más dinámicas –es decir, desestabilizadoras– que andan sueltas en el mundo actual. Ambas fuerzas se ven empujadas aún más lejos por el impulso autogenerador que violenta los nexos del control social y de la soberanía política.

La tecnología creó el reloj, la imprenta, la brújula, la máquina de vapor, el telar mecánico y las demás innovaciones que sentaron los cimientos del capitalismo y que a su vez generaron el racionalismo, el individualismo y la democracia. Al principio, el progreso tecnológico fue asistemático e intermitente, pero no tardó en institucionalizarse. "El mayor invento del siglo xix –dijo Alfred North Whitehead–fue el método de invención."

En el siglo xx, la innovación científica y tecnológica aumentó a un ritmo exponencial. Henry Adams, el historiador norteamericano más brillante, reflexionó sobre la aceleración de la historia. "El mundo no duplicó ni triplicó su movimiento entre 1800 y 1900 –escribió Adams en 1909–pero mídase como se mida (...) la tensión, vibración, volumen y la llamada progresión de la sociedad fueron mil veces mayores en 1900 que en 1800; la fuerza se había multiplicado diez veces y la velocidad, medida según normas eléctricas como en telegrafía, se acercaba al infinito y había aniquilado el espacio y el tiempo." Adams pensaba que nada podía aminorar este proceso porque "no se puede suponer que la ley de la aceleración (...) modere su energía para darle gusto al ser humano".

La ley de la aceleración ahora nos precipita a una nueva era. El paso de una economía basada en la fábrica a una basada en la computadora es más traumático incluso que el que vivieron nuestros bisabuelos de una economía basada en la granja a una basada en la fábrica. La revolución industrial se prolongó a lo largo de generaciones y dio el tiempo necesario para que personas e instituciones se adaptaran a ella. La revolución de la computadora es mucho más veloz, más concentrada y más drástica en su impacto.

Estado hiperinteractivo

El mundo computarizado plantea problemas a la democracia. Mientras la revolución industrial creó más puestos de trabajo de los que destruyó, la de la computadora amenaza destruir más puestos de trabajo de los que crea. También amenaza con levantar barreras de clases nuevas y rígidas, sobre todo entre los que tienen una buena educación y los que tienen una mala educación. La desigualdad económica en Estados Unidos ya ha crecido hasta el punto en que las disparidades son mayores en la América igualitaria que en las sociedades de Europa dominadas por las diferencias de clase. Felix Rohatyn, el banquero de las inversiones y el que rescató a Nueva York de la bancarrota, habla de las "enormes transferencias de riqueza de los obreros menos calificados de clase media a los propietarios de bienes de capital y a una nueva aristocracia tecnológica". Los que omiten o

no aprueban la computadora caerán en el proletariado Blade Runner, una subclase gruñona, amargada y violenta.

La computadora también afectará los procedimientos de la política democrática. James Madison en *The Federalist Papers* distinguía entre "democracia pura", con lo que se refería a un sistema en el que los ciudadanos se reúnen y administran el gobierno en persona, y una república, con lo que se refería a un sistema en el que la mayoría expresa su voluntad a través de "un programa de representación". Durante la mayor parte de la historia de los Estados Unidos, la "democracia pura" se limitó necesariamente a reuniones ciudadanas en poblaciones pequeñas. Ahora, la interactividad que ha introducido la revolución de la computadora vuelve la "democracia pura" técnicamente viable a escala nacional.

En un artículo en *The Economist* del 21 de diciembre de 1996, Brian Beedham aplaude esta evolución esgrimiendo que la democracia representativa es "algo a medio terminar". Beedham sostiene que todo ciudadano tiene derecho a opinar sobre la gestión de los asuntos públicos. El aumento de sondeos de la opinión pública, grupos con intereses comunes, grupos de convergencia y referéndums indica la demanda popular de una democracia consumada. Con un país de computadoras conectadas con redes de información y comunicación, la "democracia plena" está a la vuelta de la esquina.

La democracia plena, la democracia pura, la democracia plebiscitaria, la democracia directa, la ciberdemocracia, el ayuntamiento electrónico: tenga el nombre que sea, ¿es una perspectiva deseable? Tal vez no. La interactividad alienta respuestas instantáneas, desalienta la reflexión y brinda salidas a la demagogia, la egomanía, el insulto y el odio. No hay más que escuchar las charlas por radio. En una organización política demasiado interactiva, una "pasión común", como pensaba Madison, podía arrasar con un pueblo y conducir a acciones emocionales e insensatas. Recordando la explosión de indignación popular cuando el presidente Truman despidió al general Douglas MacArthur, uno agradece que el ayuntamiento electrónico no estuviera dirigiendo el país en 1951. El Internet ha hecho poco hasta ahora para fomentar los intercambios razonables que, en palabras de Madison, "depuran y amplían las opiniones públicas".

El capitalismo desenfrenado

Mientras que la embestida de la tecnología crea problemas nuevos y esenciales y promete revisar el sistema político a través del que los abordamos, la embestida del capitalismo tal vez tenga consecuencias incluso más perturbadoras. Vamos a entender la relación entre capitalismo y democracia. La democracia es imposible sin la propiedad privada porque ésta los recursos fuera del alcance arbitrario del Estado es la única base segura para la oposición política y la libertad intelectual. Pero el mercado capitalista no es ninguna garantía de democracia, como lo han demostrado ampliamente Deng Xiaoping, Lee Kuan Yew, Pinochet y Franco, por no mencionar ni a Hitler ni a Mussolini. La democracia precisa del capitalismo, pero el capitalismo no precisa de la democracia, al menos a corto plazo.

El capitalismo ha demostrado ser el motor supremo de la innovación, la producción y la distribución. Pero su método, como se avizora, indiferente a lo que no sean sus propias ganancias, es lo que Joseph Schumpeter llamó "creación destructiva". En la teoría económica, el capitalismo descansa sobre el concepto de equilibrio. En la práctica, sus propias virtudes lo llevan al desequilibrio. Este es el dilema del conservadurismo contemporáneo. El mercado sin trabas al que los conservadores rinden culto debilita los valores estabilidad, moralidad, familia, comunidad, trabajo, disciplina, gratificación postergada que los conservadores admiten. El resplandor del mercado, la codicia, los resultados a corto plazo, la explotación de apetitos lascivos, la facilidad de fraude, la ética del último es el que las paga, todo está en pugna con los pretendidos ideales conservadores. "El capitalismo inmóvil –como dijo Schumpeter– es una contradicción en los términos."

Hasta los capitalistas más conocidos están consternados por lo que ha fraguado el capitalismo galopante. Si entender el capitalismo se puede medir por el éxito en sacar dinero de él, nadie entiende el capitalismo contemporáneo mejor que el financiero y filántropo George Soros. "Aunque he hecho una fortuna en los mercados financieros –escribe Soros– ahora me temo que la intensificación sin trabas del capitalismo del *laissez faire* y la difusión de los valores de mercado en todas las áreas de la vida están poniendo en peligro nuestra sociedad abierta y democrática." "La búsqueda sin inhibiciones del interés propio –prosigue Soros– tiene por resultado desigualdades intolerables e inestabilidad."

La revolución de la computadora brinda posibilidades prodigiosas a la destrucción creativa. Una meta de la creatividad capitalista es la economía globalizada. Un candidato –que no estaba planificado– a la destrucción capitalista es el Estado-nación, sede tradicional de la democracia. La computadora convierte al mercado sin trabas en una fuerza inexorable que irrumpe a través de las fronteras, debilita la capacidad nacional de fijación de impuestos y de regulación, socava la gestión nacional de tasas de interés y tasas de cambio, ensancha las disparidades de riqueza dentro y entre las naciones, derrumba los niveles laborales, degrada el medio ambiente, niega a las naciones la formulación de su propio destino económico, sin responsabilizarse ante nadie, y crea una economía mundial sin una organización política mundial. El ciberespacio está más allá del control nacional. No existen autoridades que proporcionen control internacional. ¿Dónde está la democracia?.

El fin de la era eurocéntrica plantea más problemas a la democracia. El autogobierno, los derechos individuales, la igualdad ante la ley son invenciones europeas. Ahora tenemos encima la época del Pacífico. La penetración de Japón en el siglo está llegando a su fin y anuncia la penetración de China y la India en el siglo que viene. El magnetismo económico de Asia ya está alterando los contornos de la economía global y presagia alteraciones históricas en el equilibrio de poder planetario.

No me importa tanto el "choque de civilizaciones" que preocupa a algunos analistas precavidos. Las civilizaciones pocas veces están unificadas. Es más probable que los países dentro de la misma civilización luchen unos con otros a que se unan para ataques monolíticos a otras civilizaciones. Pero sí vale la pena reflexionar sobre el impacto del ascenso de Asia en el futuro de la democracia. Sabemos que la tradición asiática valora más al grupo que al individuo, el orden más que la discusión, la autoridad más que la

libertad, la solidaridad más que la libertad. A algunos dirigentes asiáticos, sobre todo Lee Kuan Yew de Singapur y Mahathir bin Mohamad de Malasia, les encanta contrastar la disciplina y la estabilidad asiáticas con el desorden y la decadencia que imputan al Occidente individualista. Denuncian el intento de juzgar a los países asiáticos de acuerdo con las normas democráticas occidentales como la nueva forma de imperialismo occidental.

A pesar de todo, tanto la India como Japón son democracias que funcionan. Si proclamar que los derechos humanos son universales es prueba de la arrogancia occidental, la restricción de esos derechos a Europa y al continente americano estigmatiza a los pueblos no occidentales como especies inferiores incapaces de apreciar la libertad personal y el autogobierno, y esto es también sin duda arrogancia occidental. En realidad, muchos asiáticos luchan por los derechos humanos y a riesgo de su libertad y de sus vidas. "Por qué suponemos –se pregunta Christopher Patten, el último gobernador británico de Hong Kong– que Lee Kuan Yew es la encarnación de los valores asiáticos en vez de Daw Aung San Suu Kyi," el valiente dirigente de la oposición en arresto domiciliario prolongado en Birmania? Un cartel en un muro de Beijing antes de la matanza de la plaza de Tiananmen proclamaba: "No podemos tolerar que los derechos humanos y la democracia sean sólo lemas de la burguesía occidental y que el proletariado oriental sólo necesita dictadura." En palabras del economista indio Amartya Sen: "Los llamados valores asiáticos que se invocan para justificar el autoritarismo no son especialmente asiáticos en ningún sentido significativo." Chris Patten concluye: "Creo que la discusión sobre los valores asiáticos es un disparate. ¿Cuáles son esos valores asiáticos? Cuando se cae en la cuenta de a lo que uno o dos dirigentes asiáticos se refieren con esos valores, lo que en realidad significan es que el que no esté de acuerdo conmigo que se calle la boca."

Pero la nueva prominencia de Asia en el escenario mundial, la falta de predilecciones históricas por la democracia y el egoísmo de los gobernantes que ven la democracia como una amenaza a su poder indican que en Asia va a haber un periodo de resistencia a la difusión de las ideas democráticas.

La cultura responde atacando

Esa resistencia se reforzará con la reacción defensiva en todo el planeta a la globalización implacable, una reacción que asume la forma de retirarse de la modernidad. Hoy el mundo está desgarrado en direcciones opuestas. La globalización lleva las riendas del género humano, pero al mismo tiempo hace que la gente se refugie para protegerse de sus fuerzas poderosas que están más allá de su control y comprensión. La gente se retira a sus unidades familiares, inteligibles, protectoras. Anhela la política de la identidad. Cuanto más rápido se integra el mundo, más gente se agazapa en sus enclaves religiosos, étnicos o tribales. Integración y desintegración se alimentan la una a la otra.

Una expresión militante de lo que Samuel Huntington llama resaca cultural es el auge del fundamentalismo religioso. El fundamentalismo islámico parece especialmente hostil a la libertad de expresión, a los derechos de las mujeres y, al contrario del Islam histórico, a otras religiones. El renacimiento del fundamentalismo tampoco se limita al

Tercer Mundo. Muchas personas que viven vidas de desesperación callada en las sociedades modernas están hambrientas de un sentido trascendente y acuden a la fe infalible en busca de solaz y apoyo.

Según una encuesta Gallup de 1995, más de una tercera parte de los adultos en Estados Unidos pretenden que Dios les habla directamente. Es de esperar que al otro extremo de la línea telefónica sea el Dios del amor y no el Dios de la ira el que habla. Si se lleva demasiado lejos, el fundamentalismo tiene connotaciones siniestras para la democracia. Los que creen que están ejecutando la voluntad del Todopoderoso son extraordinariamente severos con los no creyentes. Un fanático, como dijo alguna vez el señor Dooley de Finley Peter Dunne con su ingenio de norteamericano irlandés, "hace lo que cree que el Señor harta si supiera de que se trata el asunto". El fanatismo es el enemigo mortal de la democracia.

Regresando a la pregunta: ¿Tiene futuro la democracia? Si, sí lo tiene, pero no el magnífico futuro que se predijo en el momento triunfalista. La democracia ha sobrevivido el siglo xx por un pelo y no gozará de libre vuelo en el transcurso del siglo que viene.

En Estados Unidos, la democracia debe pasar por una enormidad de retos. El más crucial es aún la línea de color de Du Bois. Depende mucho de que haya posibilidad de trabajo en la sección central de las grandes ciudades. Si las posibilidades se mantienen altas, la acción política mitigará las tensiones raciales, sobre todo cuando las minorías entiendan que, a largo plazo, la demarcación arbitraria e injusta de los distritos electorales según criterios étnicos reducirá, y no aumentará, su influencia. La tensión se mitigará aún más con los matrimonios interétnicos. Es probable que se pueda contar con el sexo, y el amor, entre personas de diferentes credos y colores para detener la desunión de Estados Unidos.

La capacidad nacional de absorber y de asimilar a los recién llegados seguirá siendo fuerte. El atractivo de la tendencia predominante será mayor que el de los ghettos lingüísticos o étnicos, sobre todo para los jóvenes. El inglés seguirá siendo la lengua dominante. En lo esencial, el carácter nacional será visiblemente el que ha sido en los dos últimos siglos. Las personas en pos de claves para desentrañar el misterio norteamericano seguirán leyendo y citando a Tocqueville.

La tecnología seguirá corriendo de acuerdo con la ley de la aceleración de Adams. Pero a pesar de todas las tentaciones de interactividad y toda la impopularidad de los funcionarios electos, dudo que los norteamericanos aprueben la degradación de la democracia representativa y la conviertan en un sistema de plebiscitos. También el capitalismo se tambaleará y pasará por altibajos, pero la ideología del *laissez faire* probablemente decrecerá a medida que los capitalistas descubran la gama de problemas que el mercado sin trabas no puede resolver o empeora. El capitalismo desenfrenado, con salarios bajos, largas horas y obreros explotados, excita el resentimiento social, reaviva la guerra de clases e infunde al marxismo una nueva vida. Para avanzar con una orientación constructiva, el capitalismo tiene que subordinar los planes y las ganancias a corto plazo a necesidades sociales a tan largo plazo como la inversión en educación, la investigación y el desarrollo, la protección ambiental, la extensión de la atención a la salud, la rehabilitación de la infraestructura, el rescate de la ciudad. No es muy probable que los capitalistas hagan

esto por sí solos. Las perspectivas a largo plazo exigen un liderazgo público y un gobierno afirmativo.

¿Se puede lograr que el capitalismo asuma una responsabilidad social en el mundo en general, una vez que pierda las amarras nacionales? ¿Adquirirán las instituciones internacionales la autoridad para imponer, por ejemplo, una comisión de seguridad e intercambio global? Esto no va a suceder la semana que viene, pero el constante abuso de poder irá construyendo una base electoral de personas con intereses comunes que estarán a favor de la reforma. Las guerras seguirán alterando el curso de la vida, pero así como en el pasado surgieron en general de la agresión a través de fronteras nacionales, las guerras del siglo xxi es más probable que sean entre facciones étnicas, religiosas, ideológicas o tribales dentro del mismo país. Estas guerras son más difíciles de definir y controlar. Roguemos para que ningún fanático se apodere de una bomba atómica.

Los Estados-nación seguirán decayendo como unidades de poder efectivas: son demasiado pequeños para los grandes problemas, como ha dicho el sociólogo Daniel Bell, y demasiado grandes para los pequeños problemas. A pesar de esta decadencia, el nacionalismo persistirá como la más potente de las emociones políticas. Está lejos de ser cierto que la democracia, una creación occidental, se pueda trasplantar a partes del mundo con diferentes culturas y tradiciones. Pero yo esperarí una expansión gradual de las instituciones y de los ideales democráticos. Es difícil creer que el instinto de libertad política e intelectual se limite a unos cuantos afortunados en torno al litoral del Atlántico Norte.

La democracia en el siglo xxi tiene que ingeniárselas con las presiones del problema racial, de la tecnología y del capitalismo y arreglárselas con las frustraciones y anhelos espirituales que se han generado en el vasto anonimato de la sociedad mundial. La gran fuerza de la democracia es su capacidad para auto corregirse. Un diagnóstico y una guía inteligentes son esenciales. "Tal vez ninguna forma de gobierno —dijo el historiador y diplomático Lord Bryce— necesite tanto grandes dirigentes como la democracia." Pero hasta el mayor de los dirigentes democráticos carece de talento para engatusar al violento, retrógrada e intratable género humano hacia la utopía. Aun así, con los fracasos de la democracia en el siglo xx en mente, los dirigentes del siglo futuro tal vez lo hagan mejor de lo que nosotros lo hemos hecho y logren un mundo seguro para la democracia

Traducción: Este País.

© Foreign Affairs, septiembre-octubre 1997.

El autor es escritor e historiador, fue ayudante especial del presidente Kennedy. Este artículo está basado en la Cátedra James Bryce sobre la Comunidad Americana de Naciones, impartida en el Instituto de Estudios de Estados Unidos en la Universidad de Londres en septiembre.

Índices en economía y finanzas
Canadá, Estados Unidos y México (septiembre 1997)

Índices en economía y finanzas

Canadá, Estados Unidos y México (septiembre 1997)

Canadá			
	periodo	Cambio porcentual respecto al anterior	
		periodo	año
Producto Interno Bruto	Q2 97	1.2	3.7
Indicador líder	Jul 97	0.8	11.1
Índice de precios al consumidor	Jul 97	0.0	1.8
		periodo actual	mismo periodo en el año anterior
Balanza en cuenta corriente	T2 97	-3.17	-1.79
Tasa de desempleo	Jul 97	9.0	9.9
Tasa de interés	Ago 97	3.63	4.24

Estados Unidos			
	periodo	Cambio porcentual respecto al anterior	
		periodo	año
Producto Interno Bruto	Q2 97	0.9	3.5
Indicador líder	Jul 97	1.1	5.6
Índice de precios al consumidor	Jul 97	0.1	2.2
		periodo actual	mismo periodo en el año anterior
Balanza en cuenta corriente	T1 97	-40.97	-32.88
Tasa de desempleo	Jul 97	4.8	5.4
Tasa de interés	Ago 97	5.00	5.40

México			
	periodo	Cambio porcentual respecto al anterior	
		periodo	año
Producto Interno Bruto	Q2 97	4.5	8.9
Indicador líder	Jul 97	1.6	6.0
Índice de precios al consumidor	Jul 97	0.9	19.7
		periodo actual	mismo periodo en el año anterior
Balanza en cuenta corriente	T1 97	-0.41	0.05
Tasa de desempleo	Jun 97	3.9	5.7
Tasa de interés	Jul 97	19.40	31.66

Definiciones y notas

Producto Interno Bruto: series en volumen. Ajustadas por temporada. **Indicador líder:** un indicador compuesto basado en otros indicadores de actividad económica (empleo, ventas, ingreso, etc). Señala movimientos cíclicos en la producción industrial de seis a nueve meses, por adelantado. **Índice de precios al consumidor:** mide los cambios en el porcentaje de precios de venta de una canasta fija de bienes y servicios. **Balanza de cuenta corriente:** en billones de dólares, no se ajusta por temporada, excepto en el caso de rus. **Tasa de desempleo:** porcentaje de la fuerza de trabajo-Estándar OIT de la tasa de desempleo; en el caso de México corresponde a una definición nacional. **Tasa de interés:** tres meses.

Fuente: OCDE/OECD, Main Economic Indicators, septiembre 1997.
Información proporcionada por el Centro de la OCDE en México.



Conflictividad social en México
Tipo de acciones en 1994 y 196

Conflictividad social en México

Tipo de acciones en 1994 y 1996

COMPARACIÓN DEL PORCENTAJE DE ACCIONES
ENTRE 1994 Y 1996



COMPARACIÓN DEL PORCENTAJE DE ACCIONES POR ZONA
ENTRE 1994 Y 1996

	Zonas (1994)		
	Sur	Centro	Norte
Reestructuración organizativa	800 19%	990 27%	80 8%
Movimiento de masas	550 13%	930 25%	290 28%
Agitación/protesta activa	1380 32%	1260 34%	470 46%
Acciones de fuerza	1560 36%	500 14%	180 18%

	Zonas (1996)		
	Sur	Centro	Norte
Reestructuración organizativa	1080 44%	2330 49%	190 19%
Movimiento de masas	720 29%	1120 24%	360 35%
Agitación/protesta activa	560 23%	560 12%	230 22%
Acciones de fuerza	100 4%	730 15%	240 24%

Fuente: Cuadernos. *Reflexión y acción no violenta*. SERPAJ-ESPACIOS, 1997.

